

entrega personal, es el tiempo del amor, de un amor que se transmite de padres a hijos, de hijos a nietos como un legado común e intransferible que debe pasar a las siguientes generaciones, renovado y mejorado. Así ha sido hasta ahora y seguramente así será siempre.

Las gentes de Daimiel han marcado hito con el trabajo y el esfuerzo que representa su Semana Santa, pero en otros espacios y ocasiones han puesto de manifiesto su espíritu comunitario y su solidaridad al servicio de su pueblo. Como ocurría en el todavía no lejano 1952, con la construcción de su plaza de toros. Agustín García Muñoz en su libro "Guía de Daimiel", publicado en 1988, explica de forma sencilla pero entrañable la génesis y la ejecución del proyecto. Relata como una aspiración común finaliza felizmente. Y de todo ello llama la atención una frase, que comprendía el significado del esfuerzo colectivo, que dice: "La plaza de toros de Daimiel edificada a base de prestaciones ciudadanas, es además un coso taurino, un monumento de solidaridad comunitaria, de ejemplo para las generaciones sucesivas."

Este gesto, por si solo denota la capacidad vitalista del pueblo daimieleño, aunque el diario vivir impida a sus protagonistas valorar, en su justa medida, hechos tan significativos en la historia de su pueblo. Sin embargo, las personas que vivimos alejadas físicamente de esta realidad sí podemos ponderar objetivamente, acciones de semejante naturaleza que confirman no sólo la personalidad de un pueblo, sino que son la expresión más sentida y desinteresada del alma popular. Trabajar por y para los demás, de forma anónima, callada y voluntaria es la manifestación más sublime de la solidaridad.

Como protagonistas interesados, juzgar y emitir opiniones objetivas sobre la auténtica dimensión de vuestras cosas será siempre difícil, pero en todo caso como ciudadanos tenéis que estremeceros de emoción y orgullo cuando paséis a la vera de vuestra plaza de toros, pensando que seguramente, padres y abuelos acarrearón con una bestia, unos quintales de arena o entregaron el sudor de algunos jornales porque su pueblo lo merecía. Es la misma emoción llena de fervor religioso que estos

días sentís vuestra Semana Santa, la que hace décadas ya celebraban por estas tierras de la Orden de Calatrava: carreteros, pastores, barberos, jornaleros, gañanes, y carpinteros, imbuidos de una profunda religiosidad, no exenta de espíritu comunitario, que les condujo a crear hermandades y cofradías para testimoniar colectivamente su fé y el respeto a las tradiciones que heredaron de sus padres.

La Semana Santa es una manifestación genuina de la indiosincrasia del pueblo español, en la que se entremezclan la herencia cristiana de nuestra cultura y la admiración por la



Stmo. Cristo del Consuelo
belleza.

La conjunción de religiosidad y estética han construido la celebración más peculiar y propia de la pasión de Cristo. La estética se contempla no solo en el desfile ordenado de cofrades y bandas, sino también en el trabajo de imagineros y escultores que han creado un arte que en el mundo admira y contempla con respeto y admiración. Montañés, Berruguete, Juan de Juni, Alonso Cano, Salcillo, etc. han recreado su saber plasmando con expresión y